

Siempre fui de tendencia a ser gordita, pero el embarazo de Sofía me mató. Subí casi cuarenta kilos en los primeros siete meses y si hubiera llegado a los nueve hubieran necesitado una grúa para meterme dentro del sanatorio.

Al principio con Jorge todo fue romanticismo, la llegada de la nena había pintado nuestro hogar de ternura pero con el tiempo esa pintura se fue destiñendo y comencé a darme cuenta de que mi marido me esquivaba, que ya no me besaba como antes, ni siquiera me abrazaba y a pesar de mis intentos de volver a tener relaciones después del puerperio él no me tocaba ni con un puntero láser.

Cuando me puse de novia con Jorge todo el mundo decía que éramos la pareja perfecta, él es un tipo pintón, alto y con unos ojos negros que heredó de sus ancestros árabes y yo con mi metro setenta y cinco, mi larga cabellera rubia y montada sobre unos tacos aguja era una diva de Hollywood. Éramos el uno para el otro, no había lugar donde entráramos en el que todos los presentes no se diera vuelta para mirarnos. Nosotros teníamos un lindo departamento, un lindo auto y una linda vida, lo que se dice un buen pasar, Jorge era el dueño de una fábrica importante de la provincia de Buenos Aires y con sus ingresos podíamos darnos la gran vida.

Pero como la felicidad nunca es completa, lo último que hubiese querido, como castigo por tener tantas bendiciones, era el hecho de ser una gorda. Mucho menos que me catalogaran como una gordita simpática, esa era una expresión detestable, ofensiva, algo mucho más agresivo que un insulto, porque lo de gordita o gorda, para ser más precisos es lo que está a la vista, te guste o no, pero agregarle el “simpática” me ponía en un lugar varios escalones por debajo en la escala social, me convertía en una especie de bufón de la corte o un subhumano que solo pude ser respetado si dice

cosas simpáticas, o mejor dicho “estúpidas”, para que el resto de la gente pueda sonreír hipócritamente y así disimular su verdadero sentimiento de desprecio que tenían hacia mí persona. Y ese odio se acumula más que la nicotina en los pulmones.

Pero ese sentimiento de discriminación se eleva a la enésima potencia cuando ven a tu pareja que esta impecable, un Adonis que en la medida que le pasan los años se pone mejor que un vino reserva y ese apelativo de gordita simpática se convierte, justificando todos los pecados de este mundo, en gordita simpática y cornuda y el dolor se te instala en el pecho y te inmoviliza.

Yo fui flaca, muy flaca, aunque ahora cueste creerlo y a pesar de que a mis nueve mi mamá me tuvo que mandar a una dietóloga y prohibirme todos los postres para mantenerme a raya. La muy visionaria estaba anticipando, lo que por culpa entre comillas de Sofía, en lo que hoy me he transformado, este adefesio al que me da vergüenza presentar frente a un espejo.

Tenía que poner manos en el asunto y arranqué yendo a una nutricionista después de haber fracasado con mis ayunos intermitentes, mi dieta *keto*, la dieta disociada, la hipercalórica, la hipocalórica, la mediterránea y toda fórmula mágica que leía en las revistas o que alguna amiga flaca como un palo me recomendaba como un gesto de compasión a una persona que había perdido toda esperanza en volver a ser como antes. Todo fue un rotundo fracaso. La balanza se burlaba de mí cada mañana. Se había clavado en tres cifras y para bajarla habría que tirarla por el hueco del ascensor.

Los gordos o gorditos, como nos quieren llamar cariñosamente, por lo general acumulamos la grasa en distintas partes del cuerpo, no sé si viste esas personas que siendo flacas tienen cara de gorda, o esas pibas que tienen cinturita de avispa pero tienen un trasero que es el terror de cualquier

inodoro. En mi caso yo tenía distribuida mi gordura por todos lados, sin dejar un espacio de mi cuerpo de una indecente adiposidad.

Frente a mi frustración, una tarde que había salido a hacer unas compras, descubro que a solo un par de cuadras de casa habían abierto un gimnasio. Spinning, Crossfit, localizada, zumba y otras yerbas decía el cartel que invitaba a inscribirse con un cincuenta por ciento de descuento como promoción para las cien personas que se inscribieran primero. Ni corta ni perezosa entré y pelé mi tarjeta de crédito, yo no podía seguir regañando con el planeta si no hacía algo para cambiar mi realidad y si quería cambiar mi imagen yo debía ser la promotora de ese cambio.

De inmediato fui a una tienda deportiva en busca de un par de prendas acordes al tipo de actividad que iniciaría al día siguiente. La mina del negocio era una potra con todas las letras. Me hablaba como si yo hubiera ido al local a pedir limosna. Sentí que cualquier mina con medidas cercanas a los noventa, sesenta, noventa se puede sentir agrandada o empoderada, como le dicen ahora, frente a una mina en mi condición, pero yo arrugué y no tuve el coraje de mandarla a pasear y revolearle por la cabeza todas las prendas tamaño XXL que me había traído para que me probara como si yo fuese un hipopótamo. Confieso que mi autoestima estaba por debajo del suelo, y no tuve capacidad de reacción, en otro momento quizás le hubiera hecho un escándalo, pero mi único objetivo era comprar la ropa y mandarme a mudar. La vendedora me miraba con lástima o tal vez menospreciándome y a mí se me revolvía el estómago, pero como yo ya me había trazado un objetivo, simplemente pagué la cuenta, agarré las bolsas y la ignoré.

Día uno: una hora después de desayunar un café sin azúcar con media tostada de pan de salvado y un *omelette* de claras arranca la actividad aeróbica. Esa era la instrucción que me había dado la encargada del *gym* para iniciar con mi rutina diaria como dios manda. Todavía estaba en periodo de lactancia por lo que tuve que cubrirme bien los pechos para no tener un

accidente desagradable frente a mis nuevas compañeras de gimnasia. Cuando me miré al espejo era la metamorfosis de una mujer convertida en matambre.

Ese día llegué temprano, las chicas ya estaban en ronda junto al instructor. No había ninguna que no tuviese el físico de una modelo, todas eran preciosas y estaban en estado atlético. Yo en medio de ellas parecía la orca de “Liberen a Willy”. El *profe* se llamaba Pedro, era un tipo todo fibra, hermoso, musculoso, hubiera vendido mi alma para que me rozara solo por un instante. Él me miraba raro, o tal vez me miraba de la misma forma que a sus otras alumnas. Sin duda cualquiera de mis compañeras le despertaban deseos sexuales, pero conmigo su mirada era la de un amigo o tal vez como que estuviese frente a un mueble al que ni siquiera tocaría para sacarle el polvo que se le acumulaba encima.

Mis hormonas venían enloquecidas, como se puede apreciar, después de tanto tiempo sin un improvisado mañanero con Jorge yo necesitaba una demostración física de cariño de cualquier forma aunque me tuviese que arrepentir de por vida.

Arrancamos despacio, con ejercicios de elongación, pero cuando llegó el momento de las flexiones me mandó a la caminadora por media hora. Yo estaba caminando sobre la máquina, rodeada de viejos que caminaban mirando la tele, que sin duda estaban en algún proceso de rehabilitación. Cuando pasé por el baño, antes de volver a casa, una de mis compañeritas se presentó. Me dijo que se llamaba María Laura. Era una chica muy entradora y casualmente vivía en mí mismo edificio. Tenía que volver rápido, la charla me hizo olvidar que era la hora de darle la teta a Sofía por eso apenas conversamos en el trayecto. Nos despedimos en la puerta del ascensor. Le dije que estaba muy transpirada y que por esta vez prefería no despedirme con un beso. Me encontré con Sofía a todo llanto, la chica que me ayuda la paseaba de un lado para otro de su cuarto. Empecé a amamantarla y me

acordé de manera inconsciente de una piba, una tal Laura por la que habíamos tenido un par de peleas fuertes con Jorge. Las mujeres tenemos ese disco rígido de alta velocidad que puede almacenar nombres, números de teléfono y situaciones que podemos sacar a la luz en el momento menos pensado.

Esta Laura le mandaba mensajes de WhatsApp todo el tiempo y él se excusaba diciéndome que era una loca, que era una clienta que había tenido problemas con unas entregas, que no le diera importancia, pero yo cada vez que su teléfono vibraba, de reojo trataba de ver quién era él o la que le mandaba el mensajito. Yo sospechaba, yo estaba de cinco meses y mi estado de gravidez era avanzado, habíamos dejado de hacer el amor hacia un tiempo y yo me imaginaba cualquier cosa. Jorge se justificaba y me decía que yo era su verdadero amor, que me quedara tranquila y que era incapaz de mirar a otra mujer. Un mes después cuando había invitado a un gerente de su empresa a cenar a casa me enteré, como quien no quiere la cosa, que esa tal Laura no era una clienta, sino que era una empleada que habían tenido que despedir. ¿Por qué lo habían hecho? ¿Se estaría tomando atribuciones fuera de lugar? ¿Por qué Jorge no me había dicho la verdad desde el primer momento? El fantasma de la infidelidad me acompañó durante todo el resto del embarazo y ahora ese fantasma se convirtió en mi tortura.

Día dos: Llegué con mi equipo y me recibió Pedro con la planilla que detallaban la lista de ejercicios que debía realizar esa jornada. Él era un muchacho cariñoso, a decir verdad me gustaba. Me miró dulce como una manzana cubierta de caramelo y pochoclo y casi me derrito. Mis estrógenos estaban revolucionados y estaba dispuesta a hacer cualquier locura si me daba un poco de bola.

Debía arrancar en la bicicleta cuarenta y cinco minutos a un buen ritmo, luego pasaría a la elíptica por diez minutos más y después repetiría cuatro secuencias de quince en una aparato especial para realizar

abdominales. Al terminar me abalancé a las máquinas expendedoras que estaban en la entrada muy cerca de la recepción y a la izquierda de los estantes donde se acomodaban las pesas y las mancuernas. Todo estaba ordenadito por peso, lo más liviano arriba y lo más pesado abajo. Le pedí a la chica de la recepción que me vendiera unas fichas urgente. La primera máquina era de bebidas, tenía aguas saborizadas, mineral y también algunas colas Light, en la de al lado, o sea la de la derecha, estaba repleta de barras de cereal, yogures y algo que me había llamado poderosamente la atención: unos alfajores de chocolate super anchos. Eso no era algo diet, ni propicio para un lugar donde lo que primaba era lo saludable. María Laura había terminado con su rutina y ella también se acercó a las máquinas. Yo seguía con mis fichas entre los dedos decidiendo en qué ranura iba a insertarla para hacer mi tan necesaria compra. La disyuntiva era ir por el lado de las bebidas que el cuerpo me pedía a gritos o si por el contrario iba por la de los sólidos que mi instinto de gorda me indicaba. Mi nueva amiga insertó sin titubear su ficha y puso el código A25. Yo ya había visto que ese código era el que correspondía a ese alfajor de chocolate con dulce de leche que me estaba tentando. La máquina se sacudió, hizo un extraño ruido mecánico y el alfajor cayó por el lugar donde salen los productos. María Laura le sacó el envoltorio con un simple estiramiento del papel con el índice y el pulgar de ambas manos y empezó a comerlo. El enorme círculo de chocolate relleno de ese manjar era triturado por su blanca dentadura y se me hizo agua la boca. Vi su panza chata como una tabla de lavar y no podía entender cómo se podía dar ese gusto terrenal sin que esos miles de calorías pudiesen afectar su perfecta figura. Un poco de dulce de leche se le quedó pegado en el labio de abajo y con uno de sus dedos se lo metió de nuevo en la boca terminando por chuparse los restos de su dedo embadurnado. Todo era erótico para mí y le hubiera propuesto hacer un trio con Pedro si no fuera por la mirada crítica del resto de los alumnos del gimnasio.

Mi mente se retrotrajo a mi niñez, a aquel cumpleaños de Claudita al que había sido invitada cuando apenas pisaba los nueve. Ella vivía en la casa vecina y para mí estar ahí era un tormento en vez de disfrutar de la fiesta. Mamá me había dicho que debía tener fuerza de voluntad y que bajo ningún concepto me iba a dejar faltar al cumple de mi amiga. La torta con sus velitas era divina, pero más divinas eran las diferentes capas de cremas y dulces de todos los colores con la que estaba rellena. Las grageas, los merengues y las pastillas de chocolate me estaban martirizando. La orden de mi madre era comer un solo sanguchito de jamón y queso en toda la tarde. Mientras la mamá de Claudia cortaba las porciones y las repartía entre las demás nenas yo sufría, porque la orden había sido estricta, tenía prohibido comer algo que pudiese engordarme. Y así fue como me mantuve delgada y esbelta hasta que quedé embarazada de Sofía.

Con bronca hacia la toda sociedad inserté mi ficha en la máquina de las bebidas y seleccioné el código del agua mineral, con la convicción y la resignación que también el agua podía hacer aumentar el volumen y el peso de mi cuerpo. Volvimos esta vez charlando, como amigas de toda la vida con María Laura, yo quería indagar cuál era su secreto para mantenerse espléndida a pesar de engullirse esos alfajores de chocolate con dulce de leche.

Día tres: La hoja de mi rutina estaba orientada a ejercicios de fuerza donde algo de peso era importante y así poder convertir la grasa en músculo. Se suponía que combatirían mi flacidez y darían más turgencia a mis extremidades principalmente la de los miembros superiores. Ese día, la chica que me ayuda con Sofía llegó un poco más temprano y por eso pude bajar junto a Jorge. Cuando la puerta del ascensor se abrió, estaba el monumento de María Laura mirándose al espejo y acomodándose la calza. Sin ser muy sagaz, me di cuenta de que Jorge, con disimulo, bajó la vista pudiendo observar la escultural figura de mi amiga de arriba a abajo. Yo se

lo presenté para marcar la cancha, “Jorge, mi marido” le dije observando milimétricamente las expresiones de ambos. Ella no se inmutó, pero Jorge se ruborizó un poco. Jorge fue para la cochera previo a sugerirnos que nos alcanzaba al gimnasio. Ella se lo agradeció demasiado amablemente. Para mí era bueno arrancar la lista de ejercicios que debía cumplir al pie de la letra con una primera caminata. Cuando llegamos al gimnasio tuve la infeliz idea de mirarme en un espejo grande que usan las chicas que hacen rutinas de baile. Quise ver si algún cambio había sufrido mi cuerpo en esos dos días de sacrificio y dieta. Vi mi salvavidas y mi pedazo de mondongo y me di cuenta de que tenía que seguir esforzándome muchísimo más si quería ver resultados, que no era algo que podía notarse de un día para el otro y me entristecí. Hice mis ejercicios con el doble de intensidad, estaba fundida. Antes de terminar la secuencia me acerqué a la máquina de las bebidas, necesitaba agua urgente, estaba deshidratada. María Laura me llamó, yo seguía mirando los alfajores y los snacks de la máquina de al lado. Ella estaba acostada en un banco y volvió a llamarme “Gordita me alcanzas una mancuerna de tres kilos”. Por un momento pensé que no se dirigía a mí, no era posible. La vista se me nubló y creo que perdí la conciencia. Todas las chicas que estaban completando sus rutinas desaparecieron de mi vista como si una nave de otro planeta las hubiera abducido. Me acerqué al estante donde estaban las mancuernas prolijamente ordenadas y tomé dos. Volví hacia el lugar donde María Laura estaba recostada arrastrando mis pies. Pude escuchar a lo lejos unos gritos y ruidos de objetos que crujían. “Llamá a la policía” alguien decía. Yo solo sentía que mi brazo derecho subía y bajaba fuera de control. Pude escuchar unos golpes repetitivos como martillazos y ver como unas manchas rojas y grises ensuciaban los espejos hasta que todo se detuvo. Debía volver a amamantar a Sofía, era mi obligación de madre. Pero antes de salir del recinto, me frené frente a la máquina de la derecha, esa que tenía los alimentos. Dejé las mancuernas en el piso. Inserté la última



ficha que me quedaba, puse el código A25 y sin ningún remordimiento me devoré ese alfajor super ancho de chocolate relleno con dulce de leche. Luego vomité.